

El Manuel: Una vida de cine.

A Manuel le gustaba actuar, seguramente por eso estudió teatro en esta Facultad. Desde pequeño reunía a los niños del vecindario, de la San Miguel Chapultepec, para hacerles funciones de magia y de títeres. En su colección de ese tiempo, se conservan unos hermosos títeres de Rosete Aranda: Me gusta especialmente uno que es un fraile con capucha, cuya cara es una máscara humana que se quita y deja ver un cráneo. De los títeres pasó al teatro, y desde entonces gustoso de organizar el juego colectivo, integró a sus amigos. No tardó en llegar el cinematógrafo de garaje a la San Miguel Chapultepec, con un público formado por los chamacos del barrio. La magia, el teatro, y el cine, fueron los elementos fundacionales de Manuel González Casanova, su *abc*, tal vez por eso amó tanto la obra de George Melies, cineasta que une genialmente las tres cosas.

Lo que comenzó como un juego lo siguió siendo toda la vida. Mantuvo una postura lúdica. Recuerdo que una vez en mi juventud, cuando me vio preocupado por lo que yo sentía como un difícil momento profesional, en tono de consejo paterno y de reproche vital, me dijo de manera muy sencilla y práctica lo que quizá fue uno de sus secretos, fueron sólo dos palabras: “Tú diviértete”. En general Manuel tendía a disfrutar de lo que hacía, y tenía la energía para compartirlo. Organizaba a la gente en torno a sus sueños, que sabía comunicar con mucho entusiasmo, para involucrar a todos en la realización de una idea, una obra, una institución, que se había imaginado. Su vocación política tenía su base teatral, y así dirigió sus proyectos que veía como creaciones.

A la hora de estudiar una carrera, sin poder elegir el cine pues no había escuela, continuó su vocación dramática y formó parte activa entre los fundadores del teatro universitario. Con la generación que le tocó inaugurar a la Ciudad Universitaria, actuó, dirigió y escribió numerosas obras. Recuerdo un cartel de una de sus piezas de aquellos tiempos, que con cierto humor tuvo colgado muchos años en su estudio, que decía “No vayas al cine: Ve al buen teatro”. Sin embargo también pensó en el buen cine y organizó con un grupo de amigos, unos jóvenes estudiantes venezolanos, el

Cine Club Progreso, en 1952, cuando todavía era un alumno de preparatoria. Tres años más tarde, a los veinte, ya formaba a la Federación Mexicana de Cine Clubes.

No había escuela de cine pero hizo su propia escuela. Los cine clubes eran una experiencia de aprendizaje común, en dónde él fue organizador y estudiante. Esa cantidad de películas buscadas, proyectadas y analizadas, por él y en colectivo, deben ser equivalentes por lo menos a una Licenciatura.

Así creció una obra, como parte de un proceso natural que fue desde la San Miguel Chapultepec hasta la Ciudad Universitaria, al país y al mundo, paso a pasito, uno tras otro, pero con la velocidad que le dio el seguir la consecuencia de sus actos: Del cine de garage al Cine Club Progreso, después la Federación Mexicana de Cine Clubes, la creación de un Departamento de Cine de Difusión Cultural, las “50 Lecciones de Cine”, la Filmoteca, el CUEC... ¡Todo esto antes de los 30 años! Asimismo, con la misma congruencia, durante los siguientes 25 se dedicó al desarrollo apasionado para crear-crecer esas instituciones, consiguiendo llevarlas a un plano internacional como miembro destacado de la Federación Internacional de Archivos Fílmicos (FIAF), promotor fundamental de la Unión de Cinematecas de América Latina (UCAL), e incluso presidente de la Confederación Internacional de Escuelas de Cine y Televisión (CILECT).

Al concluir sus funciones al frente de las instituciones universitarias que fundó, y dejó bien establecidas, el “maestro”, como le llamaban, lo que menos pensó, cómo él mismo decía, fue en retirarse a sus habitaciones: Con la certeza de que vivía para trabajar, y no trabajaba para vivir, este inventor se reinventó a si mismo, y dedicó sus últimas dos décadas a desarrollar una prolífica carrera como investigador del cine silente, que fructificó en numerosos libros, y reportajes periodísticos y radiofónicos; así como continuó, hasta sus últimos días, su labor docente en esta su adorada Facultad de Filosofía y Letras, en sus bases de la carrera de Literatura Dramática, alimentado con el afecto que siempre tuvo con sus compañeros estudiantes y maestros de teatro.

Con compromiso personal, quiso encarnar, en un gran proyecto cinematográfico, las tres tareas sustantivas de la UNAM: La docencia, la investigación, y la difusión. Mismas que fueron una guía constante en su vida profesional. Con gran convicción

por la autonomía y la pluralidad, buscando la institución del conocimiento para la libertad, encontró en la Universidad el espacio propicio para el desarrollo de su objetivo de hacer del cine un instrumento social de aprendizaje. A Manuel lo guiaron sus deseos y convicciones, y creo que por encima de su amor por las imágenes en movimiento estuvo su voluntad política y personal de construir un mundo más justo, y su confianza en la humanidad de hacerlo, lo que sin duda fue el principal motivador de sus realizaciones.

Su vida privada y pública se mezclaron en ese impulso optimista y práctico que lo caracterizó. Y claro que así lo vivimos en casa: Contagiados de su entusiasmo, mi hermano Manuel y yo, asistimos por años todos los sábados al cine club infantil que sucedía aquí en la esquina de la Facultad, también estuvimos algunas vacaciones de verano en el CUEC, participamos en la filmación de una película en el jardín de la casa, e innumerables anécdotas de esa época que son posibles cuando, curiosamente, mi hermano nació el mismo año que la Filmoteca y yo que el CUEC. Nuestro padre tenía 25 y 29 años cuando nacimos. No sabemos si dar a luz le dio energía para fundar estas instituciones o viceversa, pero en lo personal creo que es de agradecer ese momento pletórico. También desde muy joven contó con la complicidad de Helena, el amor de su vida, que desde los tiempos del bachillerato lo acompañó en sus aventuras, muchas veces felices y otras aciagas. Aquí quiero hacer una mención especial, pues sé que él quisiera, al amor que le tuvo, y a lo importante que fue para él su Helena...

De Manuel en la intimidad, puedo decir que era un hombre amoroso, que procuró relaciones horizontales que consiguió con generosidad. Atento a los detalles de la vida personal de los que lo rodeamos, siempre estuvo dispuesto a dialogar, a enseñar, y a transmitir la alegría de la vida. Fue un gran conversador, que tenía las tablas del actor dueño de su voz y de sus gestos, podíamos pasar horas escuchando las aventuras de sus viajes, las anécdotas de infancia, las reflexiones de alguna lectura, e incluso la declamación de algún poema de memoria. Tenía un refrán oportuno para cada ocasión. También contó con un gran sentido del humor, uno que no se celebraba a sí mismo, y que hacía a veces difícil distinguir la broma pues él mantenía el rostro serio, al estilo de su admirado Buster Keaton. Para ilustrarlo en este texto breve, baste la anécdota que él contaba de una ocasión en que recibía los boletos de entrada al Cine Club Universitario, cuando se le presentó una pareja de señores bien vestidos

que, muy formales, le preguntaron por Manuel González Casanova. “¿De parte de quién?” –respondió con otra pregunta- “De sus padres –dijeron- resulta que nos ha dejado unas entradas al cine, y nos dijo que las solicitáramos en la puerta”. “Ah bueno sí son sus padres pasen” –exclamó-, y muy respetuosamente los acompañó hasta su asiento. Seguramente estos señores se quedaron convencidos de su timo y nunca supieron que fueron víctimas de una broma que hace risas hasta la fecha.

En su cotidianidad, Manuel disfrutó mucho de viajar y de conocer, desde niño tuvo la costumbre de ser explorador, tenía mucho gusto por leer y asistir al cine, y en general fue un apasionado espectador del arte y la cultura, también encontraba gran placer en comer bien, siempre se rendía goloso ante los chocolates mientras decía “tengo el alma chocolatera”, y con frecuencia gozaba de largos baños en tina, en los que pasaba horas acompañado de un libro y un disco de música clásica o de jazz. Así Manuel, en las grandes y pequeñas empresas, se entregó a la vida y la vida se le dio plenamente.

No fue muy afecto de los homenajes, que miran al pasado concluido más que al futuro en formación, y no creo que le gustara que por él se guarde ni un minuto de silencio. Démosle pues al actor un minuto de aplausos, esperando que su obra continúe con la realización compartida de sus sueños que permanecen entre nosotros, y por los que él trabajó allende la vida, como es la creación de un Museo del Cine, visión que describió con detalle como si ya existiera en una conferencia hace unos años, y de un Instituto de Investigaciones de Imágenes en Movimiento de la UNAM, entre otras ideas que se le quedaron en el tintero solamente porque se terminó el tiempo. Pero, como él diría y dicen en el ambiente teatral “la función debe continuar”.

José Miguel González Casanova Almoína.

Ciudad Universitaria,

Facultad de Filosofía y Letras.

México, D.F. a 22 de Agosto de 2012.